

teológica. No se peca contra Dios, sino que se reconoce la inevitable condición pecaminosa del hombre por su utilidad moral, pues lleva a la humildad y la discreción. Pecar, si acaso, es bueno por sus efectos, ya que nos permite reconocer nuestra radical imperfección.

Tenemos, ahora, una lógica. Montaigne la mueve para zafarse del sistema, Aristóteles releído por la tradición escolástica. Pla, en su crítica a los dos sistemas vigentes: el positivismo y el neotomismo. No lo seducen ni el ilegible Balmes, ni la síntesis del krausismo español. De ambas sofocaciones hay que huir con el auxilio de Kierkegaard, un rescate, quién lo diría, de su detestado Unamuno: la confesión, la nota subjetiva, el diario íntimo.

El núcleo filosófico que los asocia es la tradición senequista. No tanto Séneca como tal, sino el senequismo renacentista para uno y la tradición senequista española, que viene de la baja Edad Media, para el otro. Montaigne matizaba su senequismo con toques del antidogmático Plutarco y con el decisivo dictamen de Lucrecio: filosofar es aprender a morir. Pla enfoca su particular senequismo desde el extremo opuesto: lo inconcebible de la muerte, principio individualista. No estamos hechos para pensar en la muerte y sólo podemos razonar poniendo la muerte entre paréntesis, por lo cual nuestra razón se empequeñece y se torna pedantesca. Pero sin este truco no hay civilización, que es fantasía de permanencia. En rigor, la razón sólo se realiza en aquellos campos donde la muerte no cuenta, como las matemáticas. De lo contrario, la aceptación radical de la muerte llevaría a la inercia completa. Para compensar la inexplicable ansiedad mortal, articulamos la monotonía. La inmensa mayoría de nuestros actos son repeticiones, fugas ante el cambio, que es perención mortal. Lugares fijos y tradicionales, y actividades rutinarias (la tertulia, la fiesta, la verbena) son auxilios sociales contra la desaparición, maniobras para inmortalizarse en la cultura.

El senequismo de Pla, en sus manifestaciones extremas, es una indiferencia glacial que tiene algo de la tradición quietista española, un toque de ascetismo pasivo, de abstención ante el mundo como lugar del pecado. La felicidad es siempre modesta: una digestión ligera a la sombra de las barcas, en la siesta del verano.

En otros momentos, la reflexión senequista es una crítica a la visión comercial del escepticismo que personifica el *seny* tópico de los catalanes: moverse dentro de lo limitado —que es, finalmente, lo racional, lo canónico—, lo posible que es lo aquilatado por la costumbre, por la expectativa de lo conocido. El mundo dentro de los límites de la *botiga*. «La pequeñez de la visión es una buena escuela —una escuela de modestia y estoicismo—, exactamente la escuela de la vida». Su institución privilegiada es el burdel: lleva a la frigidez (la morigeración de los instintos) al unir el sexo con la crueldad, y a la inapetencia, al fusionar el

placer con el vicio. A falta de auténtica compañía femenina, el burdel mantiene vivo y firme el senequismo peninsular.

En esta ética, no existen el bien y el mal, que son abstracciones metafísicas (la metafísica es la bestia negra de Pla) sino el placer y el dolor, que son concreciones corporales con valor moral. Volvemos a Montaigne: el dolor enaltece la voluptuosidad, le sirve de acicate y fundamento. Se puede ser, entonces estoico y hedonista. Lo contrario del vergonzante epicureísmo español, que pide perdón por el placer. Este peculiar senequismo se defiende de la acechanza romántica, la angustiosa infinitud del objeto deseado, el universo. El temperamento y el instinto nos llevan a desear algo diverso de lo que creemos desear. Somos inarmónicos con el mundo en este juego de lo que llamamos Providencia. Hallamos sentido sólo en el instante, cuando sentimos algo que nos allegan los sentidos. Y así, de instante en instante, discontinuos, intentamos vivir, soldarnos con la inalcanzable plenitud de la vida.

Esta incertidumbre de fondo, unida a la certeza instantánea, tiene un reparo en la palabra, lugar de la verdad, que es una forma de la expresión. Cuanto más expresivos somos, más veraces. De ahí la importancia del encuentro y la conversación, ya que el sentido del inconcebible cosmos al que pertenecemos, se nos escapa. Nuestra existencia es una aventura cósmica, una dialéctica entre la muerte como descomposición y la vida como acentuación de una forma precisa y estricta. Thánatos y Eros, si se quiere, por salirnos del vocabulario de Pla. «El hombre no es un animal racional sino sensual» nos dice, ahondando en la complacencia ante lo inaferrable de lo real y huyendo de toda desesperación ante lo absoluto.

Es inútil, entonces, buscar la perdida unidad con la vida: la madre nos ha parido y abandonado en la intemperie y la inseguridad. Sólo la rutina y la inconsciencia nos hacen felices. La vida está siempre lejos, en otra parte, como el rumor del mar tras los cristales de una habitación cerrada. Ni consuelo en el más acá ni en el más allá, por lo que, como Montaigne, hay que atreverse a hablar de sí mismo y sólo de sí mismo. El sí mismo, que es inestable, discontinuo, fluyente, no el yo. Algo complicado e incompleto, según la fórmula de Pla. El yo íntimo es inatrapable por el lenguaje, es incomunicable. El sí mismo es lo que aparece en la escritura. Además, sobre todo en Pla, hay un anclaje permanente en el objeto como algo matérico, el que ciertamente sentimos, tocamos, olemos, saboreamos, gozamos y destruimos, aunque la contemplación nos indique su perentoriedad y su provisorio.

Pla, a través de Mallarmé, al que apenas conocía (y eso qué importa) recoge el consejo monteño de escribir en plan doméstico y privado: «Una forma de escritura dudosa en su sustancia, que inquiete más que instruya». Un diario, necesariamente inconcluso, o esos ensayos que

Montaigne nunca terminó de corregir. Un libro sobre nada, como quería Flaubert, donde cabe todo, como quería Novalis.

Empezado en plan frívolo, el gris cuaderno se convierte en íntima necesidad, la de tomar posición ante el tiempo o, mejor dicho, contra el tiempo, en el sentido de época. Tras quemar una cantidad de papeles, Pla se dedica a su dietario, que es el resultado de la aniquilación del libro. Se escribe un diario porque no se puede, o no se debe, escribir un libro.

Con Montaigne se inaugura una inopinada tradición, la del escritor no profesional, el no letrado (por favor, evítese leer iletrado: Montaigne era un lector minucioso y absorbente hasta el encono), del escritor que escribe por no hacer literatura (palabra anacrónica, lo admito, que en tiempos de Montaigne quería decir, simplemente, lectura). La tradición de los Casanova, Amiel, Rimbaud, del recién citado Mallarmé, tal vez Proust y seguramente Josep Pla, por no abundar en el inventario. Un escritor que no concibe su tarea como obra, como labor orgánica, con causas, fines y conformaciones de género. Si acaso, como lucha contra la desmesura, el infinito y el caos que es la vida, la pérdida e irrecuperable vida, donde no hay lenguaje que produzca imparables y desesperantes escisiones. Por reunir dos ocurrencias del mismo Pla: escribir sin respirar en el Paraíso de la dispersión. Un redactor de *essais*, de intentos, de esbozos, de apuestas.

Pla confiesa que escribe porque no tiene imaginación. Si imaginara otro mundo, imaginaría este mismo e inconcebible mundo, tan irreparable, injusto y resistente a cualquier plenitud. Por eso se niega a la novela, donde siempre ocurre algo, porque algo concluye, en el doble sentido eventual y conceptual de la palabra conclusión. La vida como existencia, como eso que está ahí y no hay manera de que deje de estar, es inconclusa e inconcluyente. A Pla le gusta presentar personajes y describir ambientes, pero no estructurar narraciones. Prefiere, con mucho, la historia (el pasado narrable, así sea la noticia de ayer o Tucídides) y el derecho internacional público, que retrata lo incomprensible del acaecer contemporáneo.

La escritura proviene, al fin y al cabo, de la imposibilidad de la literatura. La escritura es su propio devenir. Escribo porque no puedo ser escritor. Escribo para aprender infinitamente a escribir, ni siquiera a escribir bien, tan sólo a escribir, en un ejercicio de rigor y pureza que vuelve a las sugerencias del estoicismo y la ascética.

En otro orden, el trabajo de escribir, así entendido, es algo residual. Cuando alguien no sirve para nada preciso, está disponible para escribir, es decir para ocuparse de todo lo impreciso. Inútil y, por ello, libre, en el sentido de no aceptar ninguna instrumentalización. Desde luego, hay en tal propuesta una toma de partido tanto contra el naturalismo del siglo XIX (que se atarea en describirnos la cloaca donde vivimos y que ya